

LA CRISIS DEL ORDEN COLONIAL Y LAS ECONOMÍAS LATINOAMERICANAS. UN DEBATE EN CURSO Y UNA AGENDA DE INVESTIGACIÓN¹

Jorge Gelman*

No resulta sencillo trazar un panorama razonablemente fundado sobre la evolución de las economías latinoamericanas en el medio siglo que sigue a la crisis del orden colonial. No sólo porque el desarrollo historiográfico sobre el tema para cada país y región es muy desigual, sino también porque en casi todos los casos carecemos de buenas fuentes para reconstruir el comportamiento de las principales variables económicas del período. Entre un siglo XVIII caracterizado por un gran esfuerzo de los Borbones por controlar y conocer todo lo que pasaba en sus colonias (y así cobrar más y mejores impuestos), generando una enorme masa de información que abarrotó los archivos americanos y peninsulares o la etapa que sigue a la mitad del siglo XIX en que se consolidan los estados nacionales y se empiezan a forjar los sistemas estadísticos modernos, las décadas que siguen a las revoluciones independentistas parecen un largo paréntesis en la generación de datos económicos por parte de la administración. La persistencia de las guerras y la debilidad de los gobiernos hace que tengamos poca información y que la disponible sea poco confiable como expresión de lo que realmente pasaba en esos territorios.

De todos modos en varios casos hay fuentes que han permitido lograr avances de la investigación en los últimos tiempos. Ya sea a través del estudio del comportamiento demográfico, del comercio exterior o de otros fenómenos que los gobiernos trataban de controlar, por su dependencia en el caso de la primera variable para la constitución de los ejércitos y en el caso de las otras, como sus principales fuentes fiscales (para sostener esos ejércitos). Por otro lado, en varios estudios se han hecho esfuerzos de cruzar la información estatal disponible con fuentes de tipo privada, de manera de controlar las primeras (más generales y con cobertura más universal, pero poco confiables) con las segundas (con mucha menor cobertura, pero más certeras en la información proporcionada).

Estos esfuerzos de investigación resultan fundamentales, y es necesario redoblarlos. La primera mitad del siglo XIX es una etapa de fuertes cambios en la orientación económica de muchas regiones americanas, en la que se sientan las bases del modelo agro-exportador que dominará desde la última parte del siglo. Pero además se trata de una etapa que la historiografía reciente ha señalado de manera insistente como de estancamiento económico y que explicaría en gran medida el atraso relativo de América Latina en relación a las principales economías del planeta. Este atraso, según estas visiones, no se habría producido durante la etapa colonial, ni mucho menos en la agro-exportadora, en que muchos países latinoamericanos crecen a ritmos similares o aún superiores a las economías del norte, sino precisamente en las 4 o 5 décadas que siguen a la crisis del orden colonial.

En las explicaciones de la “crisis” de las economías latinoamericanas de la etapa considerada se esgrimen argumentos diversos, que se enfatizan o complementan.

El primero de ellos remite a las propias guerras de independencia y civiles, que generaron destrucción de población y recursos, desorganización de la producción y de los mercados de trabajo, huida de los capitales, etc. Otro grupo de explicaciones remite a la dotación de factores y la geografía, que habrían sido bastante mezquinos para la integración de la mayoría de las regiones americanas en el nuevo tipo de economía mundial que está generando desde fines del XVIII el proceso de industrialización del norte del Atlántico. Y finalmente un tercer conjunto de explicaciones refiere sobre todo a las instituciones y a las políticas de los gobiernos latinoamericanos que, según se señala, no habrían sido favorables al crecimiento económico en el nuevo contexto económico y tecnológico internacional. En mi opinión las investigaciones sobre las economías latinoamericanas de los últimos tiempos cuestionan esta visión de una crisis más o menos general del sub-continente y a la vez ello permite poner en discusión la importancia relativa de las explicaciones brindadas. El estudio que vengo realizando desde hace un tiempo sobre el comportamiento de las diversas economías regionales del territorio argentino me

* Instituto Ravignani/Universidad de Buenos Aires/CONICET

ha permitido proponer la hipótesis de la divergencia regional como característica de este período². Y creo que ese mismo modelo interpretativo puede ser útil para pensar lo que sucede en gran parte del territorio americano³.

Lo primero que es necesario señalar sobre esta divergencia, que a mi juicio se produce tanto entre los países que se están constituyendo en esta etapa como entre las regiones al interior de muchos de ellos, es que se trata de un fenómeno específico de esta primera mitad del siglo XIX. O al menos que la diversidad de comportamiento en las economías regionales parece mucho más fuerte que en la etapa previa, colonial, y que en la etapa que sigue, desde los años 60 o 70 del siglo XIX en que muchas más regiones americanas logran integrarse exitosamente al modelo agro-exportador. Parece bastante claro por los numerosos estudios disponibles, que en la segunda mitad del siglo XVIII (y en algunos casos desde inicios de este siglo) se produce un crecimiento económico bastante generalizado en las colonias americanas. Por un lado las economías mineras del interior de los grandes virreinos españoles recobran dinamismo (resultado en algunos casos de razones fortuitas como el descubrimiento de nuevas vetas muy productivas y en otros de medidas de fomento de la Corona que reaniman a antiguos centros mineros alicaídos) y con ello se revitaliza un conjunto muy amplio de regiones productivas del interior continental que dependían en alta medida de esos centros mineros como mercado de destino de sus producciones. También cobran gran dinamismo las economías de plantación del Caribe y del continente (especialmente la colonia francesa de Saint-Domingue y las islas azucareras británicas, aunque también se reanima la economía de plantación del Brasil, luego de una crisis prolongada) y se nota un proceso de crecimiento económico en algunas regiones antes marginales del imperio español, como las del Río de la Plata o Venezuela, que empiezan a vincularse comercialmente con las economías noratlánticas en proceso de industrialización. Aunque esto último todavía se realiza de manera modesta, dado lo incipiente del proceso de industrialización, como por los altos costos que el monopolio comercial español imponía a esa articulación.

Luego de la crisis del orden colonial, cambian muchas de estas condiciones. Por un lado es verdad que las guerras afectan fuertemente a las economías latinoamericanas. Aunque lo hacen de manera muy desigual. En un extremo de este cuadro podríamos ubicar a Saint Domingue, en donde la durísima guerra derivada de la revolución que consigue la libertad para los esclavos y la constitución de la primera república independiente latinoamericana en 1804, tiene un

costo altísimo en término de vidas humanas y de recursos. En el otro extremo de este cuadro podríamos ubicar a la vecina isla de Cuba, que no sólo no sufre las guerras sino que, permaneciendo como colonia española, se beneficia del drama de Haití, al recibir capitales, recursos humanos y convertirse en la mayor receptora de esclavos del momento, hasta reemplazar a Saint Domingue como primer productor mundial de azúcar. Está claro que cuando hablamos del beneficio de esta situación para Cuba, pensamos únicamente en la suerte de sus cifras macroeconómicas y especialmente en el beneficio de sus elites azucareras. Difícilmente los cientos de miles de esclavos que llegaron a Cuba para permitir ese crecimiento compartieran esta visión optimista. Los efectos de las guerras en el resto del territorio americano los podemos ubicar en distintos puntos en el medio de estos extremos, donde seguramente México se acerque más al caso haitiano y Brasil al cubano, gracias a su transición independentista conservadora, aunque no por ello exenta de conflictos y guerras internas y externas.

Pasado lo peor de las guerras, las distintas regiones intentan reorganizar sus economías, pero lo hacen con suertes muy diversas. No puedo detallar aquí dichas situaciones, pero se podría decir que en general las economías que dependían de los mercados interiores animados por las minerías de metales preciosos van a conocer períodos prolongados de crisis o estancamiento. En efecto tenemos los datos del comportamiento de las minerías americanas y todas entran en crisis, de la que no logran salir todavía hacia mediados del siglo XIX. Tanto la minería de oro colombiana, como las de plata de México, Perú o Bolivia transcurren el primer medio de siglo de vida independiente con una producción menor que a fines de la colonia. A veces mucho menor. La única excepción en este cuadro es la minería chilena, que crece fuertemente, sobre todo desde los años 30' cuando se descubren en el norte algunas minas muy ricas que se ponen en explotación. Pero Chile casi no existe en el mercado minero americano a inicios de esta etapa, y su desempeño excepcional no le permite alcanzar el nivel de las minerías del resto del espacio americano para mediados del siglo independiente.

De esta manera no sólo entran en crisis las minerías, sino que van a conocer serios problemas todas aquellas regiones americanas que orientaban sus economías hacia esos mercados. Especialmente las regiones interiores que, ante la decadencia de la minería, van a tener serias dificultades para insertarse en la nueva economía dinámica del momento, que es la creada en el mundo atlántico por el proceso de la revolución industrial. En efecto, el desarrollo de este nuevo motor económico está cambiando rápidamente

las cosas en el comercio internacional, favoreciendo una nueva división internacional del trabajo, inducida por un cambio fuerte y prolongado en los términos de intercambio que beneficia el poder de compra de quienes pueden proveer de materias primas a las industrias del norte y de alimentos a sus poblaciones cada vez más urbanas. Pero para poder aprovechar este poderoso motor hacen falta algunas condiciones básicas: ante todo la adecuada dotación de factores para producir esos bienes cuyos precios relativos están creciendo de manera sostenida (y en esta etapa en que el trabajo más bien escasea por las propias guerras y el capital también es poco y caro, esa dotación remite sobre todo a la disponibilidad de tierra barata para realizar una producción de tipo extensiva) y junto a ello otra condición fundamental, la cercanía a los puertos.

La libertad de comercio adoptada por casi todos los nuevos países americanos luego de la crisis del orden colonial facilita la comunicación con el mercado mundial, pero no se puede decir lo mismo de los medios de transporte. Mientras la navegación ha mejorado mucho por entonces, permitiendo una comunicación fluida, segura y más rápida entre los puertos, no ha pasado lo mismo todavía con la comunicación terrestre que sigue siendo lenta y carísima. Me parece que aquí reside la diferencia central en la distinta capacidad de las regiones americanas para enfrentar la crisis de los mercados internos y aprovechar las oportunidades que genera esta nueva economía atlántica. Distintas regiones (Chile, el Río de la Plata, Venezuela, algunas regiones del Brasil, Cuba, etc.) van a disponer de los factores adecuados para producir distintos bienes demandados por este mercado y además dichas producciones se podrán realizar en regiones muy cercanas a puertos o vías navegables a ellas comunicadas. Mientras tanto las regiones interiores, más allá de su dotación de factores, tendrán serias dificultades para llegar con sus productos a los puertos, en un momento en que los mercados interiores desfallecen. Inclusive algunas de estas regiones interiores van a perder progresivamente algunos de sus mercados de destino tradicional, especialmente los ubicados en zonas costeras, que van a pasar a ser abastecidos más eficientemente por barco, debilitan-

do aún más la relación entre costa e interior, que durante el período colonial era medular. De esta manera, muchas de las regiones antes centrales en el cuadro demográfico, económico y político del período colonial, como México, Colombia, Perú o Bolivia, van a conocer un proceso de crisis o estancamiento, que va a durar hasta que encuentren los bienes que les van a permitir vincularse con el mercado mundial y hasta que el desarrollo ferrocarrilero abarate radicalmente los costos del transporte interno hasta los puertos, permitiendo hacia finales del siglo XIX el inicio del boom agro-exportador que entonces permitió la inclusión de grandes porciones del interior americano.

Por lo dicho, y para terminar de manera provocativa y algo brutal, poco parecen tener que ver las condiciones institucionales y las políticas en el desempeño económico de las regiones americanas durante la primera mitad del siglo XIX. No es que no hubiera diferencias, a veces apreciables, en estos factores entre las distintas regiones. Pero un análisis más cercano, que todavía nos debemos, parece mostrar que allí donde hubo oportunidades de inserción exitosa en la nueva economía internacional, las instituciones se fueron adaptando y los gobiernos aplicaron políticas que en general favorecían esa inserción. Mientras tanto las regiones que sólo sufrían los cambios del período aplicaron políticas proteccionistas para tratar de salvar lo que quedaba del modelo anterior, así como tuvieron que reforzar instituciones preexistentes para sostener el edificio del estado. Como ejemplos de lo dicho se encuentran el restablecimiento del tributo indígena (que implicaba también la continuidad del control territorial por parte de las comunidades afectadas) o el fortalecimiento de las alcabalas internas (que trababan el comercio y la constitución de mercados nacionales), en aquellos países o regiones que no lograban insertarse eficazmente en el nuevo comercio internacional y por lo tanto carecían de los recursos fiscales que a los más exitosos les proveían los impuestos aduaneros.

En fin, me temo que he hecho una presentación muy esquemática y simplificadora, pero que quizás sirva para estimular las investigaciones sobre este tema fundamental, aunque sea para refutar las hipótesis demasiado fuertes que he propuesto.

NOTAS

1 Este texto resume la conferencia dictada en las **Séptimas Jornadas de Investigación en Historia Económica**, organizadas por Asociación Uruguaya de Historia Económica, Montevideo 4 y 5/8/2010. Agradezco a la AUDHE esta invitación que ha sido una buena oportunidad para continuar el diálogo con los colegas 'orientales' sobre estos temas y de ponerme al día con las agendas de investigación que llevan a cabo.

2 "La Gran Divergencia. Las economías regionales en Argentina después de la Independencia", en S. Bandieri (comp.), **La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana**, AAHE/Prometeo Libros, Buenos Aires, 2010, pp 105-129.

3 Hice un primer ensayo comparativo más allá del caso argentino en "¿Crisis postcolonial en las economías sudamericanas? Los casos del Río de la Plata y Perú", en E. Llopis y C. Marichal (coords.), **Latinoamérica y España, 1800-1850. Un crecimiento económico nada excepcional**, Marcial Pons Historia-Instituto Mora, Madrid, 2009, pp. 25-64. Dado el límite del espacio del que dispongo no citaré ninguno de los numerosos trabajos en que se basan estas reflexiones. Se puede encontrar un listado básico en los dos textos aquí citados.